por que le envenenara los caballos, ¿cree usted que ha sido lo bastante tonto para cortarlo en pedazos? Además sabía muy bien que nunca encontraría un propietario como ése. Hay que ser infeliz como un juez de instrucción para inventar cosas semejantes.

—Sin embargo, el juez debe tener buenas razones para decidirse a detener a Hexam.

—Cosas de mujeres. Hexam está en la cárcel porque es cornudo, sencillamente... Y conste que si lo digo no es por defenderle. Si yo fuera juez, lo condenaría con los ojos cerrados.

—Entonces, ¿por qué dices que es inocente?

—¿Y todos los caballos que ha echado a perder desde que es entrenador? ¿Cree usted que eso no merece la guillotina?

## CAPÍTULO IV

### LOS DESCUBRIMIENTOS DEL SEÑOR CHENNEVERT

Como prueba de imparcialidad, debemos seguir paralelamente la investigación llevada a cabo de una manera un tanto caprichosa por nuestro amigo Lafrita y, al mismo tiempo, las diligencias dirigidas según los métodos más estrictos y más regularmente jurídicos por el honorable señor Chennevert, juez de instrucción de Versalles... diligencias que, llevadas de una manera notable, acababan de dar por resultado la detención del entrenador Hexam.

Dejamos al señor Chennevert en el momento en que, persuadido de la culpabilidad de Bicard y teniéndolo a buen recaudo en su calabozo, intentaba inútilmente hacer confesar al Rey de las Martingalas.

La detención de Bicard sólo duró tres días; pero el señor Chennevert confesó más adelante a algunos amigos que de continuar quince días en con-

tacto con delincuente tan extraordinario, seguramente que hubiera acabado por volverse loco o idiota.

A pesar de la dignidad y solemnidad que siempre aparentaba el señor Chennevert, *Buif* mostraba de día en día una mayor familiaridad con su juez, al que explicaba detalladamente, como se explican las cosas a los niños, historias y más historias que no tenían relación alguna con el crimen de Maisons, pero que el juez se creía obligado a escuchar con la esperanza de pescar entre ellas alguna indicación útil.

Así es como el señor Chennevert tuvo que escuchar la biografía de los *jockeys*, de los entrenadores y de los caballos favoritos de *Buif;* una teoría documentada sobre la mala suerte, ilustrada con numerosos ejemplos y proyectos extraordinarios, exponiendo *in extenso* lo que haría *Buif:*

1.° Si fuera millonario.
2.° Si fuera comisario de las carreras.
3.° Si fuera entrenador.
4.° Si fuera propietario.
5.° Si fuera gobierno.

Durante la noche, el señor Chennevert no estaba más tranquilo que durante el día. Una vez le ocurrió que, hacia las dos de la madrugada, llamaron a su puerta para anunciarle que Bicard quería hablarle inmediatamente.



El juez, creyendo que se trataba de revelaciones y seguro de que el acusado iba a confesar, se vistió sin perder minuto y corrió a la cárcel.

Allí encontró a *Buif*, que, gravemente, depositó entre sus manos una queja contra uno de sus guardianes. Este guardián había jugado la víspera por la noche una partida de manilla con Bicard, y Bicard le acusaba de haber hecho trampas de una manera escandalosa.

—¿Adónde vamos a parar, si ni siquiera en la cárcel se juega limpio?

Así, pues, el honorable señor Chennevert experimentó una impresión de descanso el día en que, como consecuencia de la identificación de la víctima, se demostró la inocencia de *Buif*.

Jamás juez alguno firmó con tanta alegría una orden de libertad, como en este caso el excelente señor Chennevert, que inmediatamente se lanzó con redoblado ardor sobre otra pista, pues una nueva pista debía llevarle a otro criminal y quedaba libre de *Buif*, que era su más caro deseo.

El juez convocó primero a un tal José Cartagnoux. Cartagnoux era guarda de la villa que en Maisons-Laffitte poseía el conde Lardillon de Lestrivière, y, como se recordará, prestó declaración ante el comisario de policía el mismo día que se descubrió el crimen.

—Le ruego a usted—dijo a Cartagnoux el juez de instrucción—que conteste sinceramente a las preguntas que se le hagan. La primera vez que fué

usted interrogado, hace un mes, no dijo usted la verdad. Hoy una nueva mentira sería cosa más grave, sería un falso testimonio. Conteste: ¿El conde Lardillon de Lestrivière estaba en su villa de Maisons-Laffitte el día 17 de mayo, que precedió al día del crimen?

—No, señor juez. Sólo estuvo hasta el 16.

—¿Cuándo llegó?

—Hacía unos cinco o seis días.

—¿Por qué dijo usted al comisario que el conde se encontraba viajando?

El hombre se apresuró a contestar:

—Porque el conde en persona me había recomendado dar tal respuesta a todo el que preguntara por él... El señor conde no quería que se supiera que se encontraba en Maisons... Además, cuando me interrogaron por primera vez, yo no tenía la menor idea de que la víctima era precisamente el señor conde... De ordinario, el señor conde llegaba sin avisar y se iba de la misma manera. Yo hacía la limpieza y hasta guisaba. Todo lo que él exigía era una gran discreción.

—Pero ¿por qué ocultaba su presencia en Maisons-Laffitte? Vamos, amigo mío, conteste. Comprendo que debe ser penoso para usted decir algo contra la memoria de su pobre amo... Pero se trata de vengarle... de castigar al asesino... Vamos, ¿se trataba de mujeres?

—Sí, señor juez—contestó Cartagnoux a regañadientes.



—Diga todo lo que sepa. ¡Hable!

—De ordinario—contestó el guarda—el señor conde traía consigo una mujer, raramente la misma... Se marchaban juntos.

—¿Y la última vez?

—Vino solo.

El juez reprimió un movimiento de impaciencia.

—¿Entonces es que tenía cita con una... con una persona que habita en Maisons? Una mujer casada, ¿verdad? Puesto que hay que arrancarle lo que sabe, yo le diré el nombre de esa mujer: ¡la señora de Hexam!

Cartagnoux hizo con la cabeza un signo afirmativo.

—¿La recibiría el conde en su villa?

—No, señor. El conde volvía por la noche, después de cenar, a horas muy irregulares; algunas veces al día siguiente por la noche... Supongo que pasaba el tiempo en casa de Hexam.

—Pero ¿y el marido?

Los ojos de Cartagnoux brillaron alegres y maliciosos.

—En tales casos el señor conde siempre se las arreglaba para tener que enviar un caballo a correr en provincias o en el extranjero... y juzgaba indispensable que el entrenador acompañara al caballo. Incluso cuando había carreras en Longchamp, el señor conde enviaba a Hexam a dormir la víspera en Reims con los caballos, para cansarlos, sin duda.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—El día 16, víspera del crimen, ¿qué hizo el conde de Lestrivière?

—Se levantó tarde. Durante el almuerzo recibió una carta, probablemente de la señora Hexam. Pasó la tarde fumando y leyendo periódicos. Por la noche salió y ya no le volví a ver. Creía que había regresado a París... Después, como ya declaré al señor comisario, los perros aullaron durante toda la noche que precedió al descubrimiento del crimen.

—Está bien. Muchas gracias.

El señor Chennevert hizo pasar seguidamente al mozo de cuadra de Simons, que se presentó bajo un curioso aspecto, vestido, en parte, con el suntuoso traje del duque de Buckingham, pero con gorra y polainas, todo ello salpicado de paja y heno, lo que delataba que había reintegrado su personalidad y su profesión. De la juerga desenfrenada que corriera aún le quedaban signos manifiestos de embrutecimiento y un perfume de alcohol que se extendió inmediatamente por el despacho del juez, al mismo tiempo que el característico olor profesional a cuadra.

—Simons, su papel en este asunto—dijo gravemente el juez de instrucción—es muy sospechoso. Se ha burlado usted de la justicia.

—¡Oh! Cuando yo enviar mi zapato contra el trasero de aquel señor, en el Cristal Palace, yo ignorar que el señor ser precisamente de la justicia.

—No se trata de eso—dijo vivamente el señor Chennevert—, aunque obró usted con una lamentable precipitación... e insultó usted a un magistrado en el ejercicio de sus funciones. Si le digo que se ha burlado usted de la justicia, es porque durante varios días ha llevado usted en París una existencia loca, mientras que su mujer lloraba la muerte de usted en Maisons-Laffitte, mientras la justicia trabajaba para castigar a los asesinos de usted, mientras que un inocente estaba en la cárcel a causa de la misteriosa desaparición de usted... Contésteme: ¿qué hacía usted en París durante ese tiempo?



Simons adoptó un aire completamente satisfecho, y sonrió, rememorando instantes agradables.

—Me juergueaba—contestó.

—Muy bien, se juergueaba—dijo el juez con un tono que significaba que, al contrario, no estaba nada bien—. Pero, dígame, ¿de dónde venía el dinero?

—¿El dinero? No valer la pena de hablar de él... No quedarme ni un penique.

—Perfectamente; pero cuando el día 17 por la noche se ausentó usted de Maisons-Laffitte, llevaba usted la cartera bien repleta de billetes. ¿Quién se los había dado?

—¡Oh! Ella decirme que yo no lo diga a nadie.

—¿Cómo? ¿Qué?

—Que ser ella la que darme los billetes.

—Pero ¿quién es ella?

—La mujer de Hexam.

—¿De modo que fué la señora de Hexam quien le dió el dinero?... Un poco inverosímil me parece. ¿Por qué le hizo semejante regalo?

—Yo no preguntárselo; yo tomar nada más el dinero. Señora Hexam decirme mí: «Toma, para ti, muchacho. Vete a dar una vuelta por Inglaterra, donde tienes familia; diviértete bien y no vuelvas antes de un mes, que no haces falta.» Yo estar primero en París, donde yo pensar hacer economías.

—¡Pues sí que emprendió usted buen camino para hacer economías!

—Yo pensar economizar viaje a Inglaterra. Las órdenes del ama ser que yo me divierta, y como poderse uno divertir confortablemente en París sin ir a marearse sobre el barco... Yo marearme en seguida. Y me quedé en París...

—Haciéndose pasar por el duque de Buckingham en los grandes bares.

—¡Oh! Duque de Buckingham ser el nombre que darme una dama del Cristal Palace... Entonces todas las damas del Cristal Palace llamarme duque de Buckingham... Eso es...

—Ya suponía yo que eso no se le había ocurrido a usted—dijo el juez—. Puede usted retirarse; pero espere en el pasillo, pues tal vez tenga necesidad de usted dentro de poco...

«Creo que comienzo a ver claro—se dijo el señor Chennevert cuando Simons se hubo retirado—. El matrimonio Hexam me parece muy comprometido... Tal vez un drama de celos... o de lo contrario...»



Llamó.

—¿La señora de Hexam está ahí? La he citado para las tres y son las tres y media... No es imposible que haya llegado ya.

Como se ve, el señor Chennevert era incrédulo con respecto a la puntualidad de las mujeres.

La señora de Hexam estaba allí. Entró en el despacho del juez muy pálida, los ojos encarnados, el rostro cansado y el aspecto general de una mujer al cabo de sus fuerzas.

—Siéntese, señora—le dijo cortésmente el juez—. Ha debido usted encontrarse con Hexam, que acaba de salir de aquí... Simons me ha revelado un detalle muy enojoso, que agrava mucho otro... que ya figura en el proceso. ¿Quiere usted contestar algunas preguntas que voy a hacerle? En primer lugar, ¿es exacto que ha sido usted hasta... hasta su fin, la amiga del conde de Lestrivière?

La mujer hizo con la cabeza un signo afirmativo.

—Y usted lo recibió en su casa varias veces, en ausencia de su marido, los días o, más bien, las noches que precedieron al asesinato.

Nuevamente inclinó la declarante la cabeza.

—¿En qué fecha, la última vez?

El quince—contestó sin vacilar.

—Naturalmente — dijo el juez con escepticismo—, ¿su marido se encontraba ausente?

—Había ido a acompañar los caballos del conde, que debían correr en el extranjero.

—¿Y cuándo regresó su marido?

—En la noche del diez y seis al diez y siete.

—¿Eh?... En la noche del diez y seis al diez y siete... Es curioso... Otra cosa: ¿Es cierto que dió usted a Simons una fuerte suma recomendándole que se fuera a Inglaterra?

La declarante vaciló antes de contestar.

—Sí, es posible que le diera algo. Es un hombre cargado de familia, digno de lástima...

—¿Pero entonces, cómo es que sabiendo que se había ausentado de Maisons, fingió usted creer en su muerte?

—Yo no sabía que hubiera salido inmediatamente de Maisons. Pudo ser asesinado antes de decidir su viaje a Inglaterra... donde tiene familia.

El juez no insistió.

—Está bien, señora. Muchas gracias. Es posible que la vuelva a llamar, así como a su esposo.

«He triunfado—se dijo el juez cuando quedó solo—. Queda demostrado hasta la evidencia que Hexam es el asesino... En primer lugar, el crimen se cometió no en la noche del diez y siete al diez y ocho, como habíamos creído hasta hoy, sino en la del diez y seis al diez y siete, como lo prueban las declaraciones de Castagnoux y de la misma señora Hexam. Es fácil de reconstituir la escena: el conde de Lardillon de Lestrivière se encuentra en casa de esa mujer, en galante coloquio, durante la



noche del viernes al sábado... De pronto, se presenta el marido, borracho probablemente o, en todo caso, presa de un acceso de celos, muy explicable, mata al cómplice de la esposa adúltera... Cometido el crimen, los esposos quedan aterrados. Como nadie ha visto nada, como se ignora hasta la presencia del conde en Maisons, esperan conservar secreto el crimen, e inmediatamente se trazan un plan: harán desaparecer el cadáver. Entonces dan comienzo a la horrible empresa de despedazarlo, que Hexam no tiene el valor de llevar hasta el fin; por eso se le ocurre el asunto de Simons. Al siguiente día, la esposa entrega al mozo una fuerte suma y le recomienda que desaparezca. Cuarenta y ocho horas después del crimen y veinticuatro de la marcha de Simons, se deshacen del cadáver, que dado su estado no será posible reconocer, y lo depositan en el parque de Maisons-Laffitte; es una coartada aplicada no al criminal, sino a la víctima.»

El juez se frotó las manos. Se veía ya ascendido.

—¡Ah, si todos los asuntos fueran tan sencillos como éste!

E inmediatamente dictó auto de prisión contra el entrenador Hexam... En cuanto a su esposa, se podía esperar.